

La protesta hispanoamericana en Miguel Angel Asturias

Escribe: JAIME PERALTA

Miguel Angel Asturias acaba de obtener el Premio Nobel de Literatura para 1967. Nacido en 1899 en la ciudad de Guatemala, el novelista, poeta y diplomático guatemalteco agrega en este año un premio universal más a la exigua serie de premios otorgados por la Academia Sueca a la literatura en lengua española. Un premio más... Pero, qué significativo es y cuántos años han tenido que transcurrir para que determinadas telarañas mentales se hicieran humo en la augusta cabeza de los académicos suecos. Porque la distinción dada a Miguel Angel Asturias lleva en sí cosas muy importantes: la primera, y eso lo ha hecho notar el propio galardonado, el reconocimiento de la mayoría de edad de la novela hispanoamericana, del mismo modo que esto pudo decirse de la lírica cuando la chilena Gabriela Mistral recibió el Premio Nobel en 1945; la segunda, que cada cierto tiempo, en los últimos años, la Academia Sueca intenta reparar, con algunos barruntos de culpabilidad, el olvido en que ha mantenido a toda una literatura: la de España y la de Hispanoamérica, la tercera que, apreciando la alta calidad artística de Miguel Angel Asturias, ha visto en él el portavoz de la queja de todo un continente. Y esto es fundamental para estimar este premio, no solo como un acto de justicia, sino, y sobre todo, como un verdadero acierto.

En cuanto al primer punto señalado, Miguel Angel Asturias mismo resume muy bien la situación en lo que se refiere a la novela hispanoamericana: *Es la primera vez —indica en sus declaraciones en París— que se da un Premio Nobel a un novelista de lengua española. Los otros, Gabriela Mistral, Benavente, Echegaray, Juan Ramón Jiménez, eran poetas o autores teatrales.* Pero a esto hay que hacer un alcance. No es la novelesca hispanoamericana de vanguardia la que se eleva a la primera categoría con Miguel Angel Asturias; es la tradicional, la que, a pesar de ciertos juegos más o menos audaces, no se sale de lo establecido. En tal sentido, la novela de Asturias no representa a la actual narrativa de Hispanoamérica. No se encuentra en él, ni por pienso, la acrobacia formal

de un Juan Rulfo, por ejemplo. Tampoco, la complejidad de planos vivenciales de un Carlos Fuentes o el entrecruzarse de mundos diferentes, psicológicamente considerados, de un Vargas Llosa. Los dos primeros, de México, y el segundo, del Perú. Mucho menos se halla en Miguel Angel Asturias la pretensión de crear destruyendo no solo al personaje sino todo el andamiaje novelístico que en *Rayuela* del argentino Julio Cortázar tiene un buen exponente. De ningún modo; hay más afecto por el lector corriente en Miguel Angel Asturias, mayor cercanía a aquellos de quienes escribe, o sea, los hombres del pueblo. Su lenguaje se hermana con ellos. Recoge no solo su dicción; también su sintaxis, sus barbarismos, sus vulgaridades, sus arcaísmos. Por eso define a sí mismo y define su propia manera de novelar en esta declaración: *Mi obra continuará siendo la voz de los pueblos que callan, recogiendo los mitos, las creencias populares y al mismo tiempo tratando de hacer una conciencia universal alrededor de los problemas hispanoamericanos.* Y este milagro lo ha logrado Asturias. Un poco ajeno a las corrientes de última hora, más pariente en línea novelística de un creador como el venezolano Rómulo Gallegos, regional y popular como él, que de la hornada que puede contener a Rulfo, Fuentes, Vargas Llosa o Cortázar, Asturias, gracias a su arte y a su profunda honradez como ser humano, ha conseguido algo que ninguna Corte Internacional, sea de La Haya o de cualquier otra parte, ha podido obtener: llevar al plano de la conciencia universal, como dice el mismo autor, los problemas hispanoamericanos. Y esto es un triunfo magnífico, porque, a diferencia de Pablo Neruda, otro acusador con voz de gigante, Asturias no está ligado a una tendencia política o, por lo menos, no se ha entregado de tal modo a ella hasta identificarse, como ha pasado con el poeta chileno. Esta circunstancia, si no ha quitado valor a la poesía de Pablo Neruda, por lo menos le ha restado ese sacro aliento de independencia, tan caro para el que quiera tenerlo, pero que tanto convence. Podrá criticarse a la Academia Sueca que, en su reciente elección, haya preferido a dos singulares narradores hispanoamericanos, ambos con el más claro derecho al premio: el argentino Jorge Luis Borges y el cubano Alejo Carpentier. Pero, aún lamentando la posposición de Borges o de Carpentier y la ya clásica y al parecer definitiva de Neruda, lo cierto es que la Academia, por muchas razones, si no eligió al mejor, estéticamente hablando, de los nombrados, por lo menos respondió, con singular olfato, a un deber: hacerse presente como corporación de alta cultura, a la cual *nada de lo que es humano puede ser extraño*, en la tragedia de todo un continente, no para tomar el partido A o B, lo cual sería absurdo, sino para ponerla a la vista y paciencia del mundo entero. Ha cumplido su tarea de ser un testigo de su época la Acadameia y, además, un testigo abonado. Por eso, por la vía más sutil y más hermosa, la de la creación literaria, que es la que le corresponde, ha puesto frente a la cara del mundo y a plena luz, la disyuntiva atroz en que se debate el continente americano. Si políticamente esta disyuntiva se hizo carne hace algunos años en la conciencia de todos con Castro y la revolución cubana, con mayor gloria ahora —sin derramamiento de sangre ni venganzas inútiles, con honra al fin— lo hace con Miguel Angel Asturias. Es una buena entrada del continente en la escena internacional.

En lo que hace al segundo punto, o sea, la reparación de olvidos de años con la literatura en idioma español por parte de la Academia Sueca, que en sus correspondientes épocas pudo ignorar figuras claves como las de Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Rubén Darío y otros, no es ocioso repetir la crítica que hace Kjell A. Johansson en un artículo publicado hace años en Suecia sobre las traducciones al sueco del español y del portugués. Tiene valor porque emana de fuente sueca y porque incide con la que desde hace mucho tiempo se hace a la Academia. Dice lo siguiente: *El deficiente contacto de Suecia con la literatura hispánica se reflejó en un par de Premios Nobel. La elección en 1904 del dramaturgo José Echegaray constituye uno de los más monumentales errores de la Academia Sueca. No fue nada de extraño entonces —prosigue—, que los más destacados escritores de la época (Generación de 1898) protestaran. Algo menos desafortunada estuvo cuando Jacinto Benavente fue premiado 18 años más tarde, aunque en ese preciso momento no habría habido ninguna dificultad para sacar por lo menos diez compatriotas suyos que lo hubieran merecido más. Contra el poeta Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel 1956, solo puede objetarse que la distinción vino con veinte años de retraso. La poetisa Gabriela Mistral bien mereció el galardón cuando lo recibió en 1945. ¿Qué podría agregarse a lo anterior? Nada; solamente: tiene perfecta razón. Claro que podrían añadirse algunas glosas de crítica, no a la Academia —a la pobre ya le han llegado tantas, que en todo caso ya está curada de espanto—, sino al ámbito cultural España-Iberoamérica, pronto siempre a esperar reconocimiento de fuera sin que por dentro se haga mucho. Pero, en fin, no es el momento de explayarse sobre tan debatido como ingrato asunto. Cabría hacer presente, a guisa de remache, tan solo, la opinión de un distinguido amigo sueco, el escritor Arne Lundgren, uno de los mejores divulgadores de la lírica hispánica en Suecia —a eso contribuye su condición de poeta— y de nuestra narrativa. En una entrevista para la revista española "Mundo Hispánico", al hacérsele notar la escasez de Premios Nobel para la lengua española, encontró razonables las críticas a la Academia, pero también pudo su sentido de justicia, porque recalcó que hasta la fecha no se había concedido ninguno al portugués, lengua hermana del español. Y, por supuesto, no por falta de autores que la representen dignamente en Portugal y en el Brasil. Moraleja y para terminar esta digresión: a cada uno lo suyo. Y por eso, es preciso volver al Premio Nobel 1967, que es Miguel Angel Asturias. La queja a que se ha aludido se evidencia, neta, en toda su obra. Pero esta, inseparable de su vida, obliga a detenerse unos instantes en la existencia material de Miguel Angel Asturias.*

El que haya seguido la carrera de Derecho en su país natal y se haya licenciado en esta disciplina, no significa demasiado, ya que hay tantos en los pueblos hispánicos que hacen lo mismo, sin que eso tenga mayores consecuencias en su desarrollo futuro. Pero es un dato y es también una formación individual. Terminados sus estudios de Derecho, se traslada a París. En los alrededores de 1920, como nunca, París es el foco donde fermentan los más extraños y extremos caldos artísticos y la literatura se verá influída no solo por las nuevas divisiones que de

ella se tenga, sino también por otras visiones del arte en general, que en pintura, música o arquitectura, verbigracia, ofrecen contenidos distintos y formas desusadas.

En París, Asturias es un buen estudiante. Le entusiasma sobre todo el estudio de las antiguas religiones y mitos de la América Central. No hay que olvidar que Guatemala es uno de los países de la América española donde con mayor fidelidad se ha mantenido la vieja tradición indígena; Guatemala ostenta uno de los porcentajes más altos de América, en su población, de elemento indio, ya casi puro, ya con mezcla europea. Bajo la dirección del profesor Georges Reynaud, realizó estos estudios y pudo tener el agrado de traducir el *Popol Vuh*, la llamada biblia maya-quiché. El lenguaje del *Popol Vuh*, cuajado de alegorías, misterioso, plagado de metáforas y símbolos que escapan al no iniciado, tendrá notoria influencia en la obra de Asturias. O, más bien, la vocación de barroquismo idiomático del autor encajará de tal modo en ese universo de imágenes que, lo mismo que la prosa de Asturias, crecen y se entrelazan con prodigalidad tropical, que ni siquiera puede hablarse de influencia; mejor, de parentesco, de lazo sanguíneo que une a ambos: el autor del siglo XX con sus padres ancestrales maya-quichés. Bueno es traer ahora, a propósito de esto último, una anécdota contada por el mismo Asturias en la conferencia que dio a alumnos y profesores de español de la Universidad de Gotemburgo, en Suecia, el año 1964. Contaba que se había matriculado, a su llegada a París, en el curso de un profesor francés especialista en cultura maya. Un sabio en su materia. Desde el minuto mismo de su entrada en la sala de clases, el maestro no le quitó los ojos de encima y esto siguió durante casi todo el desarrollo de la clase. Asturias empezó a sentirse profundamente incómodo. Pero, poco antes de terminar, no pudiendo ya aguantarse, el profesor se acercó a él y señalándolo con un terrible dedo acusador, le increpó: “¡Usted es un maya!”. Y las personas que en ese momento escuchaban la conferencia de Asturias, junto con reír de la anécdota, no tenían la menor duda del acierto del profesor. Sentado ante los alumnos y profesores, con los papeles de la conferencia a la vista, ancho, con una cabeza toruna metida en los hombros, hierático e impenetrable, a todo lo cual añadía una voz como de tempestad. Asturias no daba la impresión de un maya, pero sí, de un dios maya.

El aprendizaje parisién es decisivo para el joven escritor. Provisto de las más avanzadas técnicas literarias, dueño de su estilo, al tanto de las más recientes experimentaciones artísticas, puede llegar a descubrir, en su exacto valor, toda esa fascinante mitología indígena que lo había acompañado desde que abrió los ojos, ya que su madre le narraba de pequeño los relatos fantásticos que había traído la voz de la tradición y le hablaba de los espíritus que habitan la selva y del pasado fabuloso de los mayas, cuyos testigos son las ruinas, soberbias en su abandono y en su silencio. La primera permanencia de Asturias en París fue, entonces, un retorno a los orígenes; de un modo científico casi, consciente y crítico, pudo remontarse hacia las fuentes mismas de las tradiciones, hacia las raíces mismas de esa cultura que pesaba en su sangre tanto como la española: la cultura maya. Producto de esta elaboración es *Leyendas de Guatemala*, aparecida en Madrid en 1930 y dos años más tarde traducida

al francés y luego al alemán. La traducción francesa está hecha por Francis de Miomandre y el prólogo de Paul Valéry es un buen principio para iniciar el camino de la fama. Se refiere el poeta francés a *Leyendas de Guatemala* haciendo hincapié en esas historias-sueños-poemas donde se confunden graciosamente las creencias, las mentes y las edades de un pueblo de orden compuesto, todos los productos capitosos de una tierra poderosa y siempre convulsa, en quien los diversos órdenes de fuerzas que han engendrado la vida después de haber alcanzado el decorado de roca y humus están aún amenazadores y fecundos, como dispuestos a crear, entre dos océanos, a golpes de catástrofe, nuevas combinaciones y nuevos temas de existencia.

Pero si *Leyendas de Guatemala* es su primer libro, no es sin embargo el que le ha dado mayor altura novelística. En 1946 se publica en la Ciudad de México. *El señor presidente*, novela de la cual puede decirse, como único elogio y suficiente, que es una de las contadas "novelas ejemplares" salidas del continente americano. Hay que tener en cuenta el año de la publicación de esta obra: 1946. Parece ser que Asturias la tenía escrita hacía por lo menos quince años o tal vez más. ¿A qué fue debida esa tardanza en aparecer? ¿A inseguridad del autor en la calidad de su novela? No; en absoluto. La historia moderna de Guatemala puede dar la respuesta. Entre los años 1931 y 1944 es dueño del país, en carácter de dictador, el general Jorge Ubico. Mientras estuviera el hombre fuerte de Guatemala en el poder, difícilmente estaría en condiciones de aparecer a la luz pública *El señor presidente*, ya que Ubico lo habría considerado un ataque personal. El dictador se hubiera equivocado, en todo caso. Aunque su régimen de sobra pudiese inspirar libros como *El señor presidente*, por desgracia no era este el que se evocaba en la novela, sino otro más sombrío, el de Manuel Estrada Cabrera (1898-1920), cuya ignominia ha sido favorable a la literatura, aunque parezca una paradoja. Dos célebres escritores guatemaltecos han sacado material de esa cantera inagotable de odiosidades y vergüenzas que es un típico dictador hispanoamericano: Miguel Angel Asturias, con la obra en cuestión, y Rafael Arévalo Martínez, con *Ecce Pericles*. Esta última, más que una novela, es un estudio histórico de la figura y de la época de Manuel Estrada Cabrera. El título, para empezar, es una sátira al dictador. Conocida era la afición de este a espectaculares manifestaciones, para ser tenido como protector y gran mecenas de la cultura. Con tal fin, hasta en el más pequeño pueblo de Guatemala, tuvo la peregrina idea de levantar templos a Minerva, la diosa de la sabiduría. Todo esto, sin perjuicio de que los hombres con criterio independiente estuvieran en la cárcel o en el exilio. Por eso, el libro de Arévalo Martínez lleva ese nombre: *He aquí Pericles*, el más brillante de los gobernantes griegos.

Tanto Asturias, con *El señor presidente*, como Arévalo Martínez con *Ecce Pericles*, están dentro de la trayectoria tan hispanoamericana de la novela como arma de protesta contra un sistema de cosas intolerables, que en el continente se ha encarnado en un sinnúmero de tiranías con todas las gamas de la degradación humana. Y esto a través de más de ciento cincuenta años de vida independiente y fenómeno conocido en todos los países hispanoamericanos, con atenuantes que a veces dan la idiosincrasia

respectiva o el sentido de la propia decencia que tiene el dictador. Juan Manuel de Rosas, en la Argentina, formó una verdadera escuela literaria con el conjunto de sus detractores —Sarmiento, Echeverría, Mármol—, los cuales le atacaron desde el Uruguay y Chile. *Amalia*, de José Mármol publicada en 1831, es la tiranía de Rosas en novela. Bastante se la conoce como para que no haya necesidad de alargarse sobre ella. A Juan Vicente Gómez, que durante más de treinta y tantos años esterilizó la vida venezolana, se le deben algunos logros literarios, sobre todo de la pluma de su enemigo declarado, el escritor Rufino Blanco Fombona, que tenía la humorada de llamarlo, no Juan Vicente, sino “Juan Bisonte”. La muerte del dictador y la desorientación en que quedó Venezuela luego que se soltaron las férreas garras de Juan Vicente Gómez, se reflejan en *Un retrato en la geografía*, de ese buen novelista que es Arturo Uslar Pietri. Modernamente, uno de los candidatos al Premio Nobel que ya se ha mencionado, Alejo Carpentier, ha escrito un relato alucinante, *El ocaso*, que lleva al lector a la Cuba mártir de la época del dictador Gerardo Machado. Y así, suma y sigue. En resumen, varios registros, pero siempre el mismo instrumento: la condena de una lacra que en Hispanoamérica habría que arrancar de raíz, como atentatoria a lo más sagrado del ser humano, la propia dignidad.

Luego de darse a la estampa *El señor presidente*, se barajó como de costumbre el cúmulo de influencias y antecedentes que siempre una obra de mérito recoge, ya que de la nada, nada se construye. Por suerte para Asturias, se le halló como antecedente inmediato a un hombre de genio y de ingenio extraordinario: el español Ramón del Valle Inclán, ese *gran don Ramón de las barbas de chivo* del poema de Darío. En efecto, Valle-Inclán había publicado, años atrás, su novela *Tirano Banderas*, imaginaria y burlesca trama desarrollada en un país hispanoamericano también imaginario, con un lenguaje que trataba de reunir en una especie de mosaico lo más característico del habla del continente. Pero esta similitud no quita ni pone rey en la obra de Asturias y ni este mismo, interrogado en su oportunidad, ha desconocido el influjo que *Tirano Banderas* tuvo en la gestación de *El señor presidente*. Ambas obras exhiben una realidad grotescamente deformada. —Entre paréntesis, habría que preguntarse, ¿hasta qué punto?—, una realidad de “esperpento”, para usar la terminología de Valle-Inclán. Ambas son una sátira violenta, sarcástica, sin piedad tanto de la dictadura en Hispanoamérica como de toda una sociedad corrompida, que medra o padece a la sombra de este árbol de frutos podridos. Pero quizás sea Asturias más misericordioso que Valle-Inclán. *El señor presidente* deja, así, algunos huecos, pequeñitos si se quiere, pero que en todo caso permiten la entrada del aire puro. En la sociedad pintada por Valle-Inclán uno se ahoga sin remedio: el aire está viciado por entero.

Se ha dicho que *El señor presidente* describe un ambiente de pesadilla, una especie de infierno-purgatorio donde los que están inmersos en él van bajando peldaño tras peldaño hasta la abominación final. El sentimiento que impera impregna a todos los seres y todas las cosas. Este sentimiento es el miedo, el terror. Lo origina un espectro vestido de negro que apenas aparece en la novela, pero que domina todo y llena has-

ta el más mínimo intersticio para que nada se escape a los cien ojos de Argos. En *El señor presidente*, figura fantasmal que hace alarde de este título porque es el único que puede darle patente de legalidad en sus tropelías. Pero él, que es la fuente del terror, que lo provoca con su sola presencia o con el menor gesto, es también su víctima. Vive obsesionado por el terror. Nadie sabe nunca en qué habitación ni en qué casa de las innúmeras que posee, discurren las horas sobresaltadas de un sueño que no es sueño, sino un velar a medias y con un ojo, siempre a la mano el revólver y el teléfono.

El señor presidente ha sido considerado por Luis Alberto Sánchez en *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* (Madrid, 1953), como una de las más ásperas, gráficas y bellas novelas políticas del idioma. Mediante ella, Asturias introduce al lector en una atmósfera de submundo, en el reino de las crueldades increíbles, en la esfera donde lo dañino se da porque sí. La novela hace pensar en que todo es posible en el proceso humano cuando sobre los hombres se ejerce un poder omnímodo, sin causa, sin tampoco razones valederas. Un poder que es como la losa que cubre una sepultura, que solo es capaz de tapar la carroña.

El lenguaje de Asturias es poético, esencialmente musical. Dentro de esta atmósfera de sombras —como paradoja el único capítulo donde brilla realmente la luz del día se llama luz para ciegos—, los sonidos juegan un papel de primera importancia. La mera enunciación de la palabra, aun sin el contenido que le puede dar la idea, conserva en Asturias su valor mágico. El párrafo inicial de *El señor presidente*, aun si se lo estima como puro malabarismo verbal, es una verdadera joya: ¡Alumbra, lumbre de alumbre, Luzbel de piedralumbre! Como zumbido de oídos persistía el rumor de las campanas a la oración, maldobestar de la luz en la sombra, de la sombra en la luz. ¡Alumbra, lumbre de alumbre, Luzbel de piedralumbre! ¡Alumbra, alumbra, lumbre de alumbre, sobre la podredumbre, Luzbel de piedralumbre! Alumbra, alumbra, lumbre de alumbre..., alumbra..., alumbra, lumbre de alumbre..., alumbra, lumbre de alumbre..., alumbra..., alumbre...

Esta repetición incesante, obsesiva, como martillo sordo en los oídos, sirve de introducción a una noche de mendigos en el pórtico de la catedral, un aquelarre de deshechos sociales retratados tan a lo vivo en su hacinamiento en las tinieblas, que parece que el mismo Goya hubiese trasladado a Asturias toda la horrible fascinación plástica de sus pinturas negras. Con ironía cruel, Miguel Angel Asturias denomina este capítulo *En el portal del Señor*. La historia del "Peलेle", el mendigo que enloquece hasta transformarse en asesino cuando oye la palabra "madre" y que en su paroxismo mata al coronel Parrales Sonriente, favorito del dictador, es el hilo conductor que a medida que avanza, va internándose en el abismo. Ese abismo termina, si es que puede, en las cárceles políticas, donde virtualmente los que allí están bajan al infierno, como Miguel Cara de Angel, ángel caído en el cielo-infierno del dictador al ser redimido por el amor de Camila, la hija del general Canales, enemigo político del señor presidente sobre el que ha caído la acusación de ser el asesino de Parrales Sonriente. Entre los múltiples presos políticos que se encuen-

tran junto a Miguel Cara de Angel, está un estudiante, del cual jamás dice el autor por qué está allí. Se desprende que el único delito por el cual era culpable a los ojos del dictador, era por eso, por ser estudiante.

Muy poco se deja ver, en ese impasible desfile de atrocidades que es *El señor presidente*, la crítica del autor. Este solo va acumulando hechos; que el que lee juzgue por sí mismo y saque sus propias conclusiones. Pero las ligazones remotas de estos regímenes políticos de oprobio sí que se insinúan, pero apenas en dos o tres líneas. El sostén de estos regímenes está en Washington, sin cuyo apoyo no vivirían ni siquiera una hora. Deja planteada así Asturias, en *El señor presidente*, la cuestión de los orígenes del mal y por establecido que si bien es indispensable luchar contra la dictadura como sistema en América, poco se sacará si no se reduce al mínimo el poder de las manos que mueven los títeres que componen estos regímenes: el poder económico y político norteamericano.

Antes de proseguir con este tema, eje de la segunda época de la producción de Asturias, es menester dividir su obra total en dos partes. Esta división se hace, no por el orden cronológico en que han aparecido sus libros, sino por la intención que tuvo al lanzar cada uno al conocimiento público. El Asturias combativo, campeón de la liberación tanto interior como exterior de los pueblos hispanoamericanos, despierta con *El señor presidente*, golpe de gracia a las dictaduras del continente. Pero no continúa esta trayectoria en el libro que sigue, o sea, *Hombres de maíz*, publicado en Buenos Aires en 1949. Este conjunto de relatos entroncan más bien con *Leyendas de Guatemala* que con *El señor presidente*. Están basados estos relatos en el folclore guatemalteco y retoman la línea de los cuentos que gustan contar las viejas al lado del fogón, repitiendo las palabras del clásico castellano. Para explicarse su nombre: los dioses mayas, si se ha de creer al *Popol Vuh*, tuvieron serias dificultades para crear al hombre. Hicieron varios ensayos, pero les fallaron, ya que los hombres salidos de sus manos eran incapaces de alabarlos. La última intentona fue feliz, pues se sirvieron de una materia divina susceptible de inteligencia: el maíz. Los hombres fueron hechos de maíz y supieron contentar a los dioses. Por eso el maíz es sagrado y los que negocian con el maíz, es decir los extranjeros —léase yanquis—, están cometiendo un atropello. La protesta, como puede verse, es aquí más que nada pasiva, sin la virulencia que adoptará más adelante. Aunque aparecidos en estos últimos años, pertenecen también al ciclo de *Leyendas de Guatemala* y *Hombres de maíz*, dos novelas de Asturias que solo se mencionarán: *Mulata de Tal* y *El alhajadito*. Respecto a esta, su autor la mantuvo largos años guardada, hasta que por fin decidió hacer imprimir *El alhajadito*, con una nota en la cual hace constar esta curiosa circunstancia. Ninguno de estos dos libros agrega demasiado a la obra de Asturias y, en el caso de *Mulata de Tal*, más se repite que otra cosa.

En 1950, con la publicación en Buenos Aires de su novela *Viento fuerte*, Miguel Angel Asturias entra de lleno en la batalla en la cual no tendrá descanso: la defensa del pueblo de Guatemala explotado por la compañía frutera norteamericana United Fruit Company. Es una denuncia sin compromisos, dura, implacable. Lo mismo que ocurre con las dic-

taduras, los abusos de la United Fruit son un tumor maligno que es necesario extirpar. *Viento fuerte* es el primero de los libros que integran la "trilogía bananera", en la cual Asturias vaciará una buena dosis de su ira. Narra la odisea de los pequeños productores de plátanos enfrentados a una lucha de vida o muerte con la poderosa compañía. Lester Mead, el excéntrico Cosi, cuya carcajada de pájaro —¡Ya-já, já, já, já!— se escuchaba en todos los poblachos de la costa cuando vendía "todo lo indispensable para el costurero", es el yanqui bueno, el yanqui con otra visión de las cosas y con otro criterio, es el que asume el papel de redentor de los oprimidos, junto con su mujer, Leland Foster. Algo consigue al constituir sociedad con los pequeños propietarios, hasta obtener, por fuerza o por astucia, de cualquier modo, un trato equitativo. Lester Mead se vale de su calidad de norteamericano para recibir en todas partes el respeto que por lo general se niega a los propios guatemaltecos. Síntomática es la siguiente escena, que refleja mejor que cualquier comentario, todo un sentir, que se hace evidente, sin solución de continuidad, desde México hasta el Cabo de Hornos: *Mientras vendían el banano, Mead puso al lado del camión un gran rótulo anunciando que tomaban carga para la ruta y punto terminal. Le fue fácil conseguir carga. Un siriolibanés lo contrató para que llevara mercadería. Su cabello rubio, sus ojos claros y condición de gringo garantizaban la carga, mejor que la mejor recomendación. Son gentes que no se roban nada, explicaba el siriolibanés, porque desde chiquitos los enseñan a ganarse la vida. Estos de aquí del país son unos puros ladrones, puros ladrones. Claro que lo que enviaba por el camión de Mead, sin que este lo supiera, este ejemplo de honradez, era contrabando.*

Viento fuerte no es, ni una de las mejores novelas de Asturias, ni siquiera la mejor de la trilogía bananera. Da la impresión que al autor tenía una enorme prisa en acabarla pronto. Se lee a saltos de años y de lugares. Pero, en todo caso, se contienen en ella todos los gérmenes de las otras dos y aun cuando cada libro de la trilogía puede ser leído separadamente, *Viento fuerte* es una buena introducción al tema, a pesar de sus defectos. Revela, sobre todo, el pensamiento de Asturias en lo que debe ser la redención de su pueblo y de toda Hispanomérica. No le basta la existencia de gringos buenos, porque sin duda los hay y muchos, ni Alianzas para el Progreso, ya que parece mantenerse fiel a aquello de que el infierno está empedrado de buenas intenciones. Por eso, si bien los esfuerzos de Lester Mead no resultan infructuosos debido a que logra mantener a flote a sus protegidos, sin embargo es impotente para detener la marea de suciedad. En un momento álgido de la novela, cuando un crimen es la gota de agua que colma y derrama, las facultades de un Chamá, un brujo local, "Sugusán, sugusán, sugusán", desatan la tempestad, que barrerá con todo, el *Viento fuerte* implacable que barrerá la mugre. Caen aquí justos y pecadores, ya que perecen en el torbellino tropical Lester Mead y su mujer, los dos yanquis buenos y redentores. En la muerte de los norteamericanos se encierra quizás el consejo del autor a los pueblos hispanoamericanos de que no esperen salvación de fuera, sino que hay que buscarla dentro. No hay engaño posible. Parodiando al autor Stefan Andres, de que "Utopía somos nosotros", podría decirse que el redentor y salvador lo lleva cada uno en sí y todos en conjunto.

El papa verde, la segunda y más conocida de las novelas de la trilogía bananera, está ya esbozado y aun definido en *Viento fuerte: El papa verde lo esperaba. El lenguaje era una broma pesada en este caso. El papa verde lo esperaba, pero fue él quien tuvo que perder casi tres horas para ser admitido a su presencia.*

El jerarca más alto de la "Tropical Platanera S. A.". *El papa verde* era ajeno a la vida humana, era un ser de números, un ente de cifras con tiza en las pizarras negras de la bolsa de Nueva York, indica Asturias. Pero, para que ustedes lo sepan, es un señor que está metido en una oficina y tiene a sus órdenes millones de dólares. Mueve un dedo o camina y se detiene un barco. Dice una palabra y se compra una república. Estornuda y se cae un presidente, general o licenciado... Frota el trasero en la silla y estalla una revolución.

En *El papa verde*, Geo Maker Thompson, hombre que reúne en sí el vigor, la simpatía personal y la absoluta falta de escrúpulos, llegará hasta la cima de la jerarquía platanera. Gráficamente descrito por Asturias como *señor de cheque y cuchillo, navegador en el sudor humano*, Geo Maker Thompson no se apartará ni un ápice de esta condición hasta alcanzar el objetivo deseado. El será la compañía platanera y esta extenderá sus tentáculos por todo el país gracias a métodos reñidos con la ética más elemental. Se robará, se asesinará, no ya con la complicidad del gobierno, sino con su aquiescencia y amparo. En la novelística de Asturias, que se caracteriza por un sinfín de personajes sin relieve alguno individual, la personalidad de este forajido del trópico resalta neta, dominadora, viril; acierta en esto también Asturias, ya que Geo Maker Thompson se mueve a sus anchas en un mundo sin voluntad propia, indiferenciado. El es él; los demás, entidades de menor cuantía de los cuales hay que sacar provecho, explotando su lado más fácil: sus vicios y sus debilidades.

Geo Maker Thompson está de novio con una criolla, Mayarí, que le ama. Sin embargo Mayarí, sabedora de los atropellos cometidos por el yanqui con su gente, se niega a casarse con él. Lo rechaza y se sacrifica por su pueblo, desposándose con el río. Chipó Chipó, mezcla de mago indígena y de Ariel shakespeariano, la induce al holocausto: serás como la hierbabuena y llorarás por nosotros, le dice. Las aguas del río reciben el cuerpo de la virgen. En esta resurrección de los antiguos sacrificios purificadores, la naturaleza entera contribuye, como en una gran sinfonía animal, vegetal y mineral, a llevar a Mayarí a la inmolación. Como el agua lustral, el alma de Mayarí limpiará la tierra de Guatemala de todo lo impuro.

Los ojos de los enterrados corona la trilogía. Según una leyenda maya, los muertos yacen bajo la tierra con los ojos abiertos, hasta el instante mismo en que suene la hora de la justicia. Apoyado en esta leyenda, Miguel Angel Asturias compone un singular poema épico de la resistencia del hombre común y, luego del secreto irse tejiendo los hilos de la conspiración en manos humildes y en los lugares más apartados, del triunfo. Es la rebelión de este, de aquel, de aquel otro, del pueblo en suma. Del pueblo que pide justicia; de aquella masa que se cansó de esperar que

se la dieran, y la toma. *Tierra, tierra, tierra*, repiten los campesinos y esta palabra mágica vuelve y se pierde y luego retorna como un vaivén eterno, llenando las páginas, salpicándolas con la sangre de un deseo de siglos.

No estaría completa la trilogía bananera si a ella no se le colocara, como a un testamento un codicilo, *Week-end en Guatemala*. Si *El señor presidente* y la trilogía bananera desarrollan el largo calvario guatemalteco de las dictaduras y de la acción de la United Fruit, para terminar con *Los ojos de los enterrados*, con el sacudimiento de violencia del pueblo guatemalteco para librarse de ambas opresiones, *Week-en en Guatemala* es la amarga historia, el ácido alegato contra la reconquista que de Guatemala hacen ambas fuerzas. Al ser derrocado el gobierno del dictador general Jorge Ubico (1931-1944) por los movimientos populares de los que se hace eco la novela *Los ojos de los enterrados*, después de catorce años de dictadura, empezó a gobernar el doctor Juan José Arévalo (1945-1951), elegido libremente. Tanto este gobierno como el que le sucedió, del presidente Jacobo Arbenz, se preocuparon de la reforma agraria y de entregar tierras a los campesinos. El plan de reformas sustanciales en la estructura feudal del país en el que estaban empeñados tales gobiernos, chocó con los intereses de la compañía frutera norteamericana United Fruit Company, y se acusó de comunista al gobierno de Arbenz. Con la ayuda de soldados mercenarios y el apoyo de hombres y de armas que le proporcionaron los Estados Unidos, el coronel Carlos Castillo Armas invadió Guatemala en 1954 y provocó la caída del régimen de Arbenz. El citado coronel se hizo proclamar presidente de la república, e hizo volver todas las cosas al estado anterior a 1945, como si nada hubiese ocurrido. Tiempo después Castillo Armas fue asesinado.

La serie de relatos de *Week-end en Guatemala* se inicia con una reflexión desconsoladora: *¿No ven las cosas que pasan? Mejor llamarlas novelas*. Con santa saña de iracundo profeta bíblico, Miguel Angel Asturias no tiene empacho en gritar su indignación a los cuatro vientos. Ha dejado de lado aquí el autor su *realismo mágico* para plantar cara a una realidad mucho más diabólica que cualquier invención. *Torontombo*, *Americanos todos*, *La galla* y *El bueyón*, son algunos de los cuentos que integran ese auténtico estampido literario que es *Week-end en Guatemala*. La protesta aquí desborda toda medida y se convierte lisa y llanamente en imprecación y en insulto.

Codo a codo con la vida de su pueblo ha estado la de este hombre. Lo mismo que Guatemala y que toda Hispanoamérica, que están ya empezando a vislumbrar la hora de la justicia y del triunfo, Miguel Angel Asturias saltó desde el exilio —un perpetuo peregrinar desde Buenos Aires a las ciudades europeas y un precario refugio en el *Columbianum* de Génova— a ser embajador de Guatemala en París y, en este año, Premio Nobel. Aunque tarde, la justicia llega. Ojalá pueda decirse esto mismo un día para Hispanoamérica. Y se cierren por una eternidad *Los ojos de los enterrados*.